

INVITACIÓN A LA ESPERANZA

BIBLIOTECA HERDER

Dirigida por Francesc Torralba

JOSÉ ARREGI OLAIZOLA

INVITACIÓN A LA ESPERANZA

Herder

Diseño de la cubierta: Stefano Vuga

© 2015, José Arregi Olaizola

© 2015, Herder Editorial, S. L.

ISBN: 978-84-254-3444-0

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Liberdúplex

Depósito Legal: B-16074-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

PRÓLOGO. PERMÍTEME LA INVITACIÓN	9
--	---

I. INSPIRACIONES

1. EL ESPÍRITU O LA ESPERANZA DE LA CREACIÓN	15
2. EL SUEÑO DE ADÁN, LA UTOPIA Y LA ESPERANZA	33
3. LA ESPERANZA DE JESÚS, NUESTRA ESPERANZA	57

II. HORIZONTES

4. PRÓJIMOS COMO JESÚS	81
5. POR EL REINO Y CONTRA MAMÓN	103
6. UN MUNDO RECONCILIADO. RELATOS DEL GÉNESIS	123
7. HACIA LA PAZ INTERIOR	151

III. FIGURAS

PEDRO LIBERTAD CASALDÁLIGA	173
MOHAMED BOUAZIZI, MÁRTIR	177
A NUESTRA MADRE	181
MUJERES POR LA PAZ	185
EN GRACIA	189
ANTXON, EL GRAN CAMINANTE	192
TAITA PROAÑO	195
A BARTOLOMÉ, PRESO	198
NELSON MANDELA, PROFETA Y POLÍTICO	202
ARANTXA Y JUSTO	207
A MODO DE EPÍLOGO. CREE Y ESPERA EN TI MISMO	211

PRÓLOGO

PERMÍTEME LA INVITACIÓN

Amiga, amigo: permíteme invitarte —es una manera de invitarme— a la esperanza, a pesar de todo.

No será una esperanza invulnerable, inaccesible al desaliento. Que tampoco sea una esperanza timorata, prisionera de sus conquistas, rehén de sus logros. Si dependiera de sus logros, ya no sería esperanza. Que sea como el latido del corazón, que no deja de latir en días de desaliento.

Que sea como el aliento misterioso que impulsa a todos los seres, como la respiración de todos los vivientes, como la vibración de la realidad universal, siempre abierta como la vida, la tierra, el cosmos.

Una esperanza humilde y serena, lúcida y activa. Una esperanza resistente y mansa, rebelde y paciente. Desasida y, por lo tanto, libre. Como la esperanza de Jesús.

Como la esperanza sufrida, rebelde y pacífica de tantos profetas y profetisas de todos los tiempos, más allá de fronteras religiosas, más allá de la religión.

Como la esperanza de nuestra tierra, que no cesa de engendrar formas y vidas, entre gemidos de dolor y de gozo. Nuestra esperanza común, movida por el Infinito, abierta al Infinito.

Aspiramos a otro mundo posible y necesario. Un mundo construido sobre viejos pilares milenarios se resquebraja: un mundo patriarcal y violento; un mundo desgarrado por el dominio de los seres humanos sobre el resto de los seres; un mundo, sagrado y profano, escindido entre sujeto y objeto, espíritu y materia, ser humano y tierra, ciencia y misterio, secularidad y religión; un mundo atrocemente dividido entre explotadores y explotados, conquistadores y conquistados, opulentos y hambrientos; un mundo arrastrado por la codicia inconsciente de algunos hasta el borde mismo del abismo común. Este modelo de vida es insostenible para la tierra y para la vida que ella gesta profusa, creativa y pacientemente desde hace 3 500 millones de años.

Aquellos primeros agricultores que, hace 9 000 años, empezaron a sembrar en la tierra trigo, guisantes y lino en Mesopotamia y en Egipto, en la India y en China, en el Sahel de África, en Nueva Guinea y en diversos puntos de América, de manera independiente y simultánea, nunca imaginaron que aquellos sencillos surcos fueran a convertirse en estas grietas mortales. Hemos de volver al espíritu y a la tierra. Hemos de recuperar en nuestros corazones, instituciones políticas y sistemas religiosos, aquel aliento fresco y fecundo del Espíritu que aleteaba o vibraba sobre las aguas primordiales (Gn 1,1).

Otro mundo es necesario y posible. Es necesario, sin duda, pero ¿es posible? Solo lo será si lo soñamos. Y si no lo soñamos dormidos, sino despiertos, como una utopía, con los ojos fijos en el horizonte. Y si no lo miramos solo como utopía lejana, sino que lo hacemos presente como esperanza en cada paso y en cada gesto, en nuestra manera de respirar y de caminar, de relacionarnos y de organizarnos. La esperanza hiende y trasciende el tiempo. La esperanza reaviva la raíz del pasado. La

esperanza activa el potencial del futuro. La esperanza nos abre las fuentes de la eternidad y nos da respiro.

¿Es la esperanza de otro mundo? Sí, pero no sabemos qué significa exactamente «otro mundo» respecto de este que vemos, en el que nos movemos y vivimos una vida que es una trama universal de relaciones creadoras. ¿Es otro mundo, respecto de este, como la Luna lo es respecto de la Tierra o como la Vía Láctea lo es respecto de la Gran Nube de Magallanes? Parece que no. ¿Es otro mundo en el sentido en que otros hipotéticos universos lo son respecto de este en que nos hallamos? ¿Es más bien otro mundo en el sentido en que una vida feliz lo es respecto de una vida desdichada, a pesar de ser la misma vida? No lo sabemos exactamente, ni nos importa. Lo que nos importa es lo que debemos y podemos hacer para transformar el mundo en que vivimos, el mundo que vivimos y que nos hace vivir.

Un permanente impulso, una misteriosa energía, suave y poderosa, lo une, lo mueve, lo transforma todo sin cesar, sin prisa y sin pausa. Es el aliento del Espíritu creador, la esperanza que penetra a los vivientes y a todas las criaturas. También nosotros, los seres humanos, insignificantes y maravillosos, únicos como todos los seres, partículas vivientes y de paso por la vida como todos los vivientes, estamos animados por el mismo Espíritu.

Nacimos de ese aliento de vida, como Adán del sueño de Eva, como Eva del sueño de Adán. Vivir es despertar y engendrar nuevos sueños que puedan engendrar nuevas vidas. Viviremos en la medida en que acertemos a despertar sueños, a mantener despiertos los sueños. El sueño, la esperanza o el Espíritu nos mantiene despiertos.

Cuidemos la esperanza, el sueño despierto del Espíritu en nosotros. Unamos nuestro aliento al aliento universal, para la restauración de todas las cosas (Hch 3,21), para que Dios o la vida sean todo en todo (1 Cor 15,28).

PRIMERA PARTE

INSPIRACIONES

EL ESPÍRITU O LA ESPERANZA DE LA CREACIÓN

Invitar a la esperanza no consiste en presentar «razones para esperar». No necesitamos razones para ello. Necesitamos esperar sin razones, como respiramos o como vivimos.

Una flor no se abre ni exhala su perfume por algo exterior, sino por sí misma, por su propia razón de ser, por la misteriosa ley de la vida, con sus propios motivos y fines. Así es todo el universo, y es todo el universo el que se mueve en cada vida.

Nadie ama de verdad porque se lo manden desde fuera, como nadie vive o respira por convicciones ni por motivos extraños a la propia vida y al propio aliento. El amor, el aliento, la vida nos mueven por dentro. Un impulso misterioso nos abre y nos atrae, nos empuja a ser y a vivir. *Ser* significa «inter-ser». *Vivir* significa «con-vivir». Basta con que el impulso esté vivo y nos dejemos llevar. Amamos porque amamos, respiramos porque respiramos, vivimos porque vivimos. Entonces nos sentimos libres y plenos.

Nadie espera verdaderamente por razones externas: porque Dios exista o porque haya impuesto leyes o hecho promesas,

o porque Jesús haya resucitado y corroborado la fe en la vida eterna después de la muerte. Eso son creencias, y cambian con los tiempos y las culturas. Las creencias, como las leyes, pueden ayudar a sostener la esperanza, pero no la suscitan, no son su fuente. La esperanza verdadera, como la fe auténtica, no depende de creencias y de normas. Esperar es una forma de vivir. Esperar es ser fiel al dinamismo profundo de la vida, dejarse llevar simplemente por el Espíritu que nos habita. El Espíritu universal que todo lo une y libera, que todo lo mueve y atrae. Esperar es vivir en respiro y respeto, en libertad y comunión. Esperar es simplemente vivir, dejarse llevar por la secreta ley o, más bien, por el Espíritu de la vida.

No señalaré, pues, razones para esperar. Trataré más bien de describir el dinamismo de la esperanza que mueve todo lo que es. El dinamismo de la creación. Propongo para ello seguir el relato bíblico de la creación, una bella metáfora de la esperanza como energía vital que lo recorre todo y como manera de vivir que lo transforma todo. El relato del Génesis no expone motivos para seguir esperando, sino que nos abre los ojos al movimiento que empuja la creación entera que se está gestando, que gime y goza, buscando el sábado del descanso. Es la esperanza de la creación que nos mueve a todos los seres.

La lectura puede ayudarnos a reavivar en nosotros la llamada de la esperanza o el poderoso fuego de la vida.

1. «Al principio creó Dios el cielo y la tierra»

«Al principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gn 1,1). Con estas palabras se abre el libro sagrado de la tradición judeocristiana. La Biblia empieza con un bellissimo poema. En él podemos encontrar chispas de luz, destellos de esperanza, al igual que en otros muchos relatos de creación de diversas culturas o religio-

nes. Los mitos narran lo que nunca sucedió y que, sin embargo, acontece sin cesar y constituye el fondo vital de la experiencia humana.

«Al principio» no se refiere a un tiempo pasado o al comienzo temporal absoluto del mundo, que no sabemos ni si existió. Se refiere más bien al fundamento y a la fuente permanente del ser y de la vida. La creación no tuvo lugar en algún pasado remoto, sino que está teniendo lugar hoy, aquí y ahora. La creación se halla en permanente acto, tiene lugar sin cesar.

Cada día es el primero de la creación. Cada instante es el principio. Estamos siendo creados. No estamos acabados y abandonados, ni condenados a un plan predeterminado y frío. La creación se da y se renueva en cada instante, y una energía profunda y buena nos acompaña, anima y mueve. En tiempos de desesperanza es bueno recordar y decirnos: «Somos criaturas, hemos sido amorosamente creados e impulsados a crear. Hay esperanza».

«Al principio era el agua», se dice en muchos mitos. El *Popol Vuh* comienza así:

No se manifestaba la faz de la tierra. Solamente estaban el mar, en calma, y el cielo en toda su extensión... No había nada que se mantuviese en pie. Solo el agua en reposo, el mar apaciguado, solo y tranquilo. No había nada dotado de existencia. Solo había inmovilidad y silencio en la oscuridad, en la noche.

En un mito de los koguis se cuenta:

Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. El mar estaba en todas partes. El mar era la madre. La madre no era gente, ni vida, ni cosa alguna. Ella era el espíritu de lo que iba a ser, y ella era pensamiento y memoria.

Bellísimo y profundo. El agua es la matriz de la vida. De ella hemos nacido. El espíritu del agua nos anima a pesar de todo.

2. «El Espíritu aleteaba sobre las aguas»

El Génesis bíblico continúa así: «El Espíritu aleteaba sobre las aguas» (Gn 1,1). «Aleteaba» puede traducirse también por «vibraba». Todo vibra en el universo: vibran las partículas y los átomos, las estrellas y las galaxias, vibran el canto y la danza. Cada sonido es vibración y también el silencio lo es. Dicen que el *big bang* surgió de la vibración del vacío cuántico. No entiendo lo que eso puede significar, pero sí entiendo que el corazón de cada ser, pequeño o grande, ya sea piedra, planta o animal, está vibrando. La vida es una vibración que se comunica.

El Espíritu que aleteaba sobre las aguas es la imagen de la vibración divina que habita y mueve en el corazón de cuanto existe. Es la respiración universal. Todo respira, y es el Espíritu divino el que respira en todo, también en el fondo de eso que llamamos «materia» y que consideramos equivocadamente como algo inerte y estático. No hay ninguna oposición entre la «materia» y lo que llamamos «espíritu», pues la primera es una forma de la realidad, la matriz o el soporte de todo ser viviente, que siente, piensa y es consciente, y el segundo es otra forma de la realidad, la manifestación o la emergencia consciente de esa materia y que, en última instancia, es energía.

Todo es energía, movimiento, relación, y de ahí brotan maravillosamente las formas de todos los seres, como de una misteriosa matriz materna. «El Espíritu —o la *Ruah*, femenina en hebreo— que aleteaba sobre las aguas» es una bella imagen de la matriz o útero originario y fecundo de todo cuanto es. Cuanto existe es amorosamente acogido, fecundado, gestado y portado en ese cálido útero que podemos llamar divino: «Dios».

Mirar de este modo la realidad nos mueve a confiar, esperar, respirar. Contemplémosla, pues, como una realidad entera alentada y fecundada sin cesar por el Espíritu materno, cargada de infinitas nuevas posibilidades, cargada de Infinito. Podemos esperar.

3. «Y dijo Dios»

«Dijo Dios... Y así fue», se repite una y otra vez en el primer capítulo del Génesis, el primer libro de la Biblia:

«Que exista la luz.» Y la luz existió [...] «Que haya una bóveda entre las aguas para separar unas aguas de otras.» Y así fue [...] «Que las aguas que están bajo los cielos se reúnan en un solo lugar, y aparezca lo seco.» Y así fue [...] «Produzca la tierra vegetación: plantas con semillas y árboles frutales que den en la tierra frutos con semillas de su especie.» Y así fue [...] «Que haya lumbreras en la bóveda celeste para separar el día de la noche [...]» Y así fue [...] «Rebosen las aguas de seres vivos, y que las aves aleteen sobre la tierra a lo ancho de la bóveda celeste.» Y creó Dios [...] «Produzca la tierra seres vivientes: ganados, reptiles y bestias por especies.» Y así fue [...] Dijo Dios: «Hagamos a los hombres a nuestra imagen, según nuestra semejanza [...]» Y creó Dios a los hombres a su imagen».

La palabra «Dios» nos sugiere un Ser Altísimo, Creador y Juez universal, pero vayamos más allá de la imagen. Cada vez que la Biblia dice «Dios», elige el nombre que quieras, cualquiera que para ti exprese la Realidad Primera y Última: Belleza, Amor, Bondad, Descanso, Paz, el Todo feliz. O el Ser o la Potencialidad absoluta. O la Creatividad universal de la Palabra, o la Palabra o el Silencio Creador originario de todos los seres.

Dios no es Algo o Alguien separado del mundo, al igual que el significado no se halla separado de la palabra ni la creatividad de la criatura. Todos los seres son en «Dios» o en la Potencialidad, y «Dios», o la Potencialidad, es en todos los seres. Y puesto que la Potencialidad es en nosotros, también nosotros de alguna forma somos Dios. ¿En qué consiste ser «semejantes a Dios»? Entre otras cosas, en esto: en crear un mundo nuevo, diciéndolo. En decir: «Que haya pan para todos», y hacer que lo haya. En decir: «Que haya respeto en el mundo», y tratar con respeto a todos los seres. En decir: «Que haya consuelo para todos los desgraciados», y consolar el corazón de alguien. En decir: «Que haya verdad», y denunciar una mentira si no es más que eso. Y así hasta recrear el mundo palabra a palabra.

De tal modo podemos comprender mejor que san Juan escriba al comienzo de su Evangelio: «En el principio existía la Palabra», y que enseguida añada: «Todo fue hecho por ella» (1,1-3). Wittgenstein, por el contrario, escribió: «En el principio era la acción», pero para él la propia palabra es una acción: acción comunicativa; la palabra expresa y afecta. La palabra crea o destruye relaciones; transforma el mundo. La palabra puede crear otro mundo. Cuanto se nombra es de alguna manera. Claro está, se pone nombre a lo que ya es, pero también el nombre hace ser. No cesamos de nombrar y renombrar lo que ya es, de decir las cosas por su nombre verdadero, para que otro mundo llegue a ser.

También la palabra posee, pues, poder para construir el mundo. La palabra —hoy diríamos «la información»— nos concibió. Y concebidos por la palabra, concebimos palabras, memorias y profecías, denuncias y evangelios, para prolongar la creación del mundo. El mundo no está acabado. No conocemos todas sus dimensiones y posibilidades, pero sabemos que está en constante creación y transformación. Todo está en permanente movimiento; todo surge, se mueve y cambia sin cesar.

Cada ser está en relación con todos los seres —cada partícula atómica con todas las partículas atómicas, cada átomo con todos los átomos, cada organismo con todos los organismos, con todo el planeta, con todas las galaxias, con todo el universo, y con todos los universos que existan, si existen—. Todo la realidad es una inmensa red de relaciones, y todo está en constante transformación y evolución justamente en virtud de la relación. Todas las palabras y lenguas conforman también una inmensa red, y también gracias a los nombres y a las palabras va creándose, recreándose todo. Para eso hablamos.

Para hablar de otro mundo, necesitamos palabras. No palabras vanas que el viento trae y lleva. Palabras que hagan creer lo que dicen y hagan ser lo que hacen creer. Necesitamos palabras activas, eficientes, transformadoras. Palabras creadoras. En nuestro humilde día a día, hay momentos de gracia en que sentimos el poder seductor y creador de la palabra. Puede suceder que alguien, mirándonos a los ojos, nos diga «te quiero» y nos sintamos como un recién nacido o como en un día de fiesta, invadidos de felicidad, o como cuando escuchamos una bella melodía, transportados sobre alas de ángeles, o como cuando nos envuelve la luz límpida y suave del atardecer, con el corazón en paz. Necesitamos palabras así. Palabras que regeneran y restauran. Palabras que crean.

4. «Hágase»

«Hágase», dice Dios. *Egéttheto*. No significa: «Sea perfecto y acabado de una vez», sino: «Vaya siendo, vaya haciéndose poco a poco y desde sí». El Génesis no nos habla de una creación acabada, sino de una creación dinámica, en marcha; una creación evolutiva, una evolución creadora. Todo está siempre naciendo como algo nuevo.

La creación, como el ser humano que forma parte de ella, está animada por un sueño, un impulso, una posibilidad. Nada se halla predeterminado. Ni el camino concreto ni el destino están decididos de antemano por un Dios rígido. Hay una «indeterminación» en la creación, al igual que hay una indeterminación en el estado de la materia (partícula, onda) y en la evolución de las especies. Hacen mal, por ejemplo, quienes apelan a la «ley natural» en cuestiones morales (anticoncepción, reproducción, familia, matrimonio homosexual, investigación y terapia genética...) . La «ley natural» suprema de la naturaleza y, por lo tanto, de la creación en marcha, es la carencia de leyes cerradas e inmutables, la permanente apertura dinámica a lo nuevo, la invención de lo incierto a través del «ensayo y del error». La ciencia es posible gracias a que hay un orden en el funcionamiento de la materia, pero la misma ciencia muestra que el llamado «orden» es parcial, responde a aquella parte de la realidad que conocemos, aunque no está cerrada de una vez para siempre. La teología ha tomar nota de ello.

El carácter abierto de la realidad, de la creación en general, es soporte y a la vez manifestación del Espíritu presente y operante en el corazón de cuanto es. Y constituye, por ello, una invitación a la esperanza, que es esa actitud de apertura y disponibilidad para prolongar la creación: «hágase». «Hágase desde dentro.» *Hágase en mí, desde mí, según tu palabra.* Manténgase despierto el sueño para que lo imposible se haga posible y lo posible se haga realidad de una forma que nunca se halla decidida pero que necesita de todos para tomar forma.

Hágase, y se hizo. Es decir: «Hágase, y se está haciendo». Se está haciendo en todos los seres y también en nosotros, a través de todos ellos y también a través de nosotros, maravillosos seres de la especie humana que se crea y que creamos.

El barro de la tierra es capaz de Dios. La creación es capaz de Dios. Cuanto es, desde las partículas atómicas hasta las ga-

laxias, está llamado a expresar y realizar la infinita expansión del Espíritu. Esa apertura y esa infinita posibilidad animan su entraña. Esa es la esperanza activa de todas las criaturas, de toda la creación. *Hágase.*

5. El sueño de Adán y Eva la viviente

«Sueño» es una palabra muy hermosa y puede significar muchas cosas, incluso contrarias: somnolencia o pasión, quimera o realidad, engaño o profecía. Hay sueños que angustian y sueños que alegran, sueños que adormecen y sueños que animan. A veces soñamos dormidos y a veces lo hacemos despiertos, y muchas veces no sabemos por qué soñamos lo que soñamos. Pero seguimos soñando.

Los sueños sueños son, pero también sucede que los sueños se hacen realidad. Algunos han de hacerse realidad. Incluso podemos decir que nacimos de un sueño, o que somos un sueño aún no despierto del todo.

Así entiendo el mito del Génesis sobre el sueño de Adán del que nació Eva, o la vida. Adán se sentía solo, se nos dice en el capítulo 2 (21-23) del relato:

Entonces, el Señor Dios hizo caer al hombre en un profundo sueño, y mientras dormía le sacó una costilla y llenó el hueco con carne. Después, de la costilla que había sacado al hombre, el Señor Dios formó una mujer y se la presentó al hombre. Entonces, este exclamó: «Ahora sí; esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne».

El mito bíblico supone que primero fue creado el varón, pues, aunque «Adán» significa «ser humano», se trata también, según el relato, del nombre propio del primer varón. Pero dejemos

de lado la afirmación de que primero fuera creado el varón y la mujer después, a partir del varón y subordinada a él. No es más que otro reflejo de la antigua —y aún actual— cultura patriarcal que da primacía al varón y posterga a la mujer. Quedémonos con lo esencial del texto, que tal vez tiene mucho que ver con la esperanza y que puede estimularla.

Hemos nacido del sueño: Eva del sueño de Adán, y Adán del de Eva. Adán se siente solo sin Eva, y no hay esperanza en soledad, sin compañía o sin sueño. Dios le hace, pues, caer en un profundo sueño y, mientras duerme, crea a Eva a partir de su costilla. O crea al hombre de la costilla de esta, mientras duerme —aunque el texto no diga eso—. Hemos nacido del sueño, somos hijos e hijas del sueño. Somos el sueño de alguien y estamos llamados a engendrar a alguien con nuestro mejor sueño.

El sueño fecundo de Adán y de Eva puede ser entendido como metáfora del mundo profundo del deseo o de la transcendencia, del mundo simbólico o espiritual. Todas las criaturas somos seres finitos habitados por un deseo más grande, un dinamismo infinito, una posibilidad abierta. Que hemos nacido del sueño quiere decir que hemos nacido para soñar en aquello que todavía no es pero puede ser, en aquello que aún no somos pero podemos llegar a ser.

¿Pero para qué sirve soñar? Para vivir despiertos. El sueño nos impide quedarnos dormidos; nos mantiene despiertos. El sueño nos lleva a soñar sueños despiertos. Y los sueños despiertos alumbran utopías.

¿Y para qué sirven las utopías, si nunca se han realizado? Como ha escrito Eduardo Galeano, no son para que las realicemos, sino para que sepamos hacia dónde debemos dirigirnos. «Utopía» significa «no-lugar» (*uk-topos*), pues no existe en ninguna parte, ni tal vez existirá. El camino mismo es la meta principal, y el horizonte que nunca alcanzamos nos

indica la dirección del camino. Lo mismo sucede con las utopías.

El sueño nos despierta, nos mantiene despiertos, es decir, caminando en la buena dirección. Nacidos del sueño, seguimos soñando, tenemos un horizonte y vamos marchando hacia él. No pretendemos alcanzarlo, pero solo si caminamos en la dirección adecuada nuestra vida será lo que es, merecerá la pena, hallaremos la dicha en el camino. Y tal vez llegaremos a pequeñas metas que nos animarán a seguir adelante.

«Utopía» puede significar también «buen lugar» (*eu-topos*). Caminar con una dirección es ya un buen lugar, y caminando sin cesar así llegamos a infinidad de buenos lugares que hacen la vida estimulante y buena. «No hay programa más movilizador que el de una buena utopía. Sobre todo si es necesaria» (José Vidal-Beneyto).

Despertemos del sueño o despertemos sueños. Mantener el sueño despierto y seguir caminando hacia la utopía: eso es vivir en esperanza. «Somos criaturas esperanzadas» (Ernst Bloch). Esa esperanza nos da aliento, respiro, y el respiro nos permite ponernos en pie y seguir adelante, aunque no lleguemos. La esperanza nos permite respirar y espirar, una y otra vez, y así dilatar el corazón, sentirnos unidos a la respiración universal del Espíritu en toda la creación.

6. Seamos como el agua

Volvamos a las aguas matrices del Génesis, sobre las que aletea la *Ruah* materna haciéndolas vivir, haciéndolas vitales. Miremos el agua, mirémonos en ella. Escuchémosla. «El agua habla sin cesar y nunca se repite» (Octavio Paz).

El agua es la raíz vital, es el alma de la tierra, la vida de los vivos. «Es el alma de los cuerpos y el cuerpo de las almas», dice

Joaquín Araújo en *Agua*, libro-homenaje lírico al agua. «Bebemos agua, lloramos agua, somos agua», dice. «Basta mirarla para sentirnos iguales», dice también. Seamos como el agua.

Aprendamos del agua. Seamos agua. «El ser humano de bondad suprema es como el agua: el agua en su no-hacer favorece todas las cosas», enseña el *Tao Te King* de Laozi (o Lao Tse). La humildad es su grandeza. «¿Por qué los ríos de los valles son más grandes que los arroyos? ¿Por qué los mares son más grandes que los ríos? Porque están más abajo», dice el mismo *Tao Te King*. El agua no busca nada, no retiene nada, y nada la puede retener.

Así lo supo ver también Jesús: «Dios hace llover para buenos y malos» (Mt 5,45). Miraba llover, y veía en el agua un sacramento de Dios. Dios es como esa lluvia que cae y que lo hace todo sin que nosotros hayamos hecho nada. Dios es gratuidad que hace vivir y que transforma todas las cosas. Isaías lo había dicho 500 años antes: «Todos los que tenéis sed, venid a beber agua; los que no tenéis dinero, venid» (Is 55,1). Y también:

Como la lluvia y la nieve bajan del cielo, y no vuelven allá, sin empapar la tierra, fecundarla y hacerla germinar y producir la semilla para sembrar y el pan para comer, así también la palabra que sale de mis labios no vuelve a mí sin producir efecto, sino que hace lo que yo quiero y cumple la orden que le doy (Is 55,10-11).

El agua busca el último lugar, baja hasta lo más bajo y así lo fecunda todo, transformándolo sin que nos demos cuenta.

El agua es como Dios. Dios es como el agua. Hay que cuidarla como a Dios, para que ella nos cuide como Él. Hay que cuidar el agua y a Dios para que podamos vivir. La esperanza es cuidado de la vida.

Con razón exclamó Francisco de Asís: «Loado seas, mi Señor, por la hermana agua, que es útil, humilde, preciosa y

casta». ¡Bendita sea el agua! ¡Benditos sean los que la cuidan! ¡Benditos sean todos aquellos y aquellas que son agua de bendición para sus hermanas y hermanos más humildes, para la hermana madre Tierra, rodeada de agua!

Recuperemos la fe en el agua, en el Espíritu, para reanimar la esperanza. Recuperemos la fe en nosotros mismos, en la otra, en el otro. Recuperemos incluso la fe en el opresor, como hizo Jesús, para liberarlo de la cruel opresión que hace padecer a los demás y que él mismo padece. Recuperemos también la fe en la Iglesia, en esta Iglesia que nos duele; la fe en otra Iglesia necesaria y posible: una Iglesia samaritana que pide y ofrece agua, que derrama aceite y vino sobre la herida; una Iglesia espiritual más allá de todas las creencias, dogmas y ritos; una Iglesia esperanzada y esperanzadora, más allá de nuestras estructuras anquilosadas, presas del interés; una Iglesia como Jesús.

El que tenga sed, venga a mí —nos dice Jesús—. El que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua viva (Jn 7,36-38).

Recuperemos la fe en el agua, en la vida. No desistamos, no nos resignemos a la ignominia, no nos pleguemos a la ideología de la inevitabilidad, del realismo cínico. Y, como el agua, no temamos al fracaso. Pues aunque fracasemos, resucitaremos. Aunque fracasemos, seremos felices, porque solo la bondad nos hará felices como a Jesús, incluso en la cruz. Como el agua que crece y fecunda cuando baja.

7. El sábado o el descanso de la creación

Vuelvo al bellísimo poema de la creación del Génesis, al final del primer relato (2,1-4):

El cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos, quedaron terminados. El séptimo día terminó Dios lo que había hecho, y descansó. Entonces bendijo el séptimo día y lo declaró día sagrado, porque en ese día descansó de todo su trabajo de creación. Esta es la historia de la creación del cielo y de la tierra.

El séptimo día termina la creación. El cielo y la tierra no están acabados hasta el séptimo día, que aún no ha llegado. ¿Cómo haremos que la creación alcance su plenitud y corona si no es intentando que llegue al séptimo día? ¿Pero cómo haremos que llegue al séptimo día si no es celebrando cada día, o al menos cada siete días, cada siete años, cada siete semanas de años, la fiesta y el descanso de la vida?

La fiesta del sábado es una de las intuiciones más hondas y bellas de toda la Biblia. La creación culmina en la liturgia y el descanso sabático. La vida busca el gozo y el descanso. La vida no es para trabajar, sino para disfrutar. No hay que descansar un día a la semana para que al día siguiente se pueda trabajar más, producir más, ganar más y cansarnos más. Eso es maldición de la vida. ¿De qué sirve trabajar y ganar más, si con ello dañamos nuestra vida y la de millones de personas humanas y toda clase de vivientes? No, hay que trabajar para poder descansar y disfrutar. Dios bendijo el séptimo día y lo declaró sagrado. El descanso y el disfrute compartido del día festivo son la bendición de la vida, el sentido de esta, la corona de la creación. La vida es para celebrar y gozar juntos, y ese es el sentido del sábado y de toda fiesta.

Acuérdate del sábado, para consagrárselo al Señor. Trabaja seis días y haz en ellos todo lo que tengas que hacer, pero el séptimo día es de reposo consagrado al Señor tu Dios. No hagas trabajo alguno en ese día, ni tampoco tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo o tu esclava, ni tus animales, ni el extranjero que viva contigo. Porque el Señor

hizo en seis días el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y descansó el día séptimo. Por eso el Señor bendijo el sábado y lo declaró día sagrado. Durante seis días trabajarás y harás tus tareas, pero el día séptimo es un día de descanso, dedicado al Señor tu Dios: no harás en él trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tu ganado, ni el emigrante que vive en tus ciudades (Éx 20,8-11).

«Acuérdate del sábado.» Acuérdate de que la vida es gracia y merece ser agradecida y celebrada. Acuérdate de que tu vida no es para producir, servir o explotar, sino para saborear, compartir, saborear juntos, ser libres y hermanos. Acuérdate del sábado para relajar tus tensiones excesivas y recuperar el bienestar de la vida. Acuérdate del sábado para que toda la naturaleza descanse también y respire, y cada ser llegue realmente a ser. Acuérdate del sábado para que toda la creación sea templo del Espíritu y para que el Espíritu de Dios encuentre reposo en su creación. Dios también espera el descanso, necesita respirar. Su esperanza, en el corazón de cuanto existe, es nuestra esperanza.

Acuérdate del sábado y haz que llegue cada semana para que la creación llegue a su fin. Que cada fiesta sea para ti, para todos los tuyos y para toda la tierra como el anticipo de su gloria.

La creación está aun en camino, gime en dolores de parto, hasta que la madre tierra y todos los seres vivientes sean plenamente libres y plenamente hermanos. Entonces descansará la tierra y todas las criaturas. Entonces aquella será sacramento de Dios, la vida alcanzará su gloria. Entonces todo será bueno, todo estará bien. Haz de cada día ese «entonces». Acuérdate del sábado para hacer que llegue.